

La memoria y la escucha... un encuentro con Primo Levi

Luz Marina Restrepo Uribe

*Ah, la esperanza es que la paz dure,
que todas las guerras acaben,
que el mundo viva, si no feliz, al menos en paz.*

(Levi, 1998)

Y si ahora no ¿cuándo? Estas palabras que son el título de un libro de Primo Levi sirven para ilustrar el punto de quiebre que se puede establecer entre la palabra del testigo, el sobreviviente del horror, y su testimonio cargado de dolor y sangre. Más de 8 millones de víctimas ha dejado el conflicto armado en Colombia. Ellas aún esperan ser escuchadas. Lo que sigue es, a partir del texto de Levi, una aproximación al testigo y a su testimonio, que encontró en el escritor italiano, sobreviviente de Auschwitz, la manera de hacer memoria para que nunca se olvide, para que nunca más se repita.

Testigo y testimonio se cumplen a cabalidad en Primo Levi. Sus palabras claras y precisas permiten una aproximación al terror del *Lager*,* de donde logró salir con vida para dar cuenta de lo que padeció con otros miles de prisioneros. Sus libros son una voz que clama justicia porque, como él mismo lo dice, “Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder: esto es la esencia de lo que tenemos que decir” (Levi, 2006: 648).

A miles de kilómetros, varias décadas después, la barbarie se vuelve a repetir: África, Asia, Europa, América... Colombia, hoy, como ayer, el odio, la codicia y la intolerancia que anidan en el corazón humano se hacen sentir con todo el peso de sus muertos. Las palabras de Levi se tornan premonitorias y, una vez más, es necesario hacer una relectura de sus

libros para aproximarse al testigo que supo encarnar, como bien lo define Antonio Muñoz Molina, el testimonio de una época aciaga como “el guardián de una memoria imprescindible” (2006: 9).

Primo Levi

Escritor italiano, descendiente de una familia judía, Primo Levi nació en Turín el 31 de julio de 1919 y murió allí mismo el 11 de abril de 1987. El 13 de diciembre de 1943 fue detenido por la milicia fascista y entregado al ejército de ocupación alemán que lo deportó, el 21 de febrero de 1944, al campo de concentración de Auschwitz, donde permaneció hasta la liberación de este por el Ejército Rojo el 27 de enero de 1945.

A su regreso a Turín se dedica a su profesión de químico, en la que se había graduado en 1941, y empieza a trabajar en su primer libro *Si esto es un hombre* (publicado en 1947), sus memorias del tiempo que pasó en el campo de Auschwitz como prisionero, un testimonio legado a la humanidad, la voz de quien sobrevivió al horror para que se conociera la verdad de lo acontecido. Con *La tregua*, aparecida en 1963, Levi retoma su trabajo de narrador para contar el tiempo que sigue al fin de la guerra, cuando aún no hay paz, la devastación de un continente que acumula muertos, campos de concentración, multitudes de deportados, apátridas y ruinas. En 1986 publica *Los hundidos y los salvados*, el último libro que habla de su experiencia testimonial, una reflexión sobre lo más amargo y oscuro que él llamó “la



Óscar Muñoz. *Intervalos (mientras respiro)*. Papel quemado. 60 x 50 cm. c/u. 2004

zona gris”, el espacio ambiguo entre verdugos indudables y víctimas inocentes.

Estos libros constituyen *La trilogía de Auschwitz*, un texto en el que contrasta la crueldad de las experiencias con el lenguaje utilizado por el autor, un lenguaje altamente cuidado; sin enfatizar el horror ni subrayarlo, logra una escritura conmovedora que no busca juzgar, tan solo ofrecer un testimonio: “yo no aparezco jamás como juez, los jueces deben serlo mis lectores... mi intención de escritor era entonces exclusivamente la de contar los hechos que había vivido personalmente” (Levi, 1998: 65).

Del horror al testimonio

Con Primo Levi se inaugura la escritura testimonial. Él mismo cuenta cómo, aunque no se

creía escritor, luego de su jornada laboral en la fábrica escribía a máquina todas las noches, hasta completar su primer libro, con el único fin de testimoniar. Es él el testigo perfecto, como lo plantea el filósofo Giorgio Agamben en su libro *Lo que queda de Auschwitz*: “cuando vuelve a casa, entre los hombres, relata sin cesar a todos lo que le ha tocado vivir” (2005: 14).

Como él, sobrevivir para luego testimoniar ha sido el reto asumido por muchos prisioneros, para que no se olvide, para que no se repita; Agamben dirá que “el testigo testimonia de ordinario a favor de la verdad y de la justicia, que son las que prestan a sus palabras consistencia y plenitud” (2005: 34); sin embargo, como lo apunta Muñoz Molina aludiendo tanto a Primo Levi como al cineasta Claude Lanzmann, “lo que ocurrió de verdad nunca podrá saberse por mucho que se escriba, se

recuerde y se hable sobre los campos” (Muñoz Molina, 2005: 12).

Para Agamben, la palabra testigo hace referencia “al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él [...] el superviviente tiene la vocación de la memoria, no puede no recordar” (2005: 15, 26), pues como dice el mismo Levi, los recuerdos de Auschwitz son más vívidos y detallados que cualquier otra cosa sucedida antes o después; de ellos conserva una memoria visual y auditiva que no sabe explicar. Y como testigo, escribió en italiano para dejar constancia de lo acontecido: “escribía para nuestros hijos, para quienes no sabían, para quienes no querían saber, para quienes no habían nacido todavía, para quienes, queriendo o no, habían consentido aquel ultraje” (Levi, 2005: 618).

todo el mundo tiene algo de qué arrepentirse o apelando al argumento de la inevitabilidad de todos en similares circunstancias, recurre a lo planteado por Levi, para quien no se pueden confundir los términos: “el sufrimiento de la víctima es injusto mientras que el del verdugo no” (Ibíd., 2008: 21).

La distinción entre víctima y verdugo implica la posibilidad de una ética, tener en cuenta al otro, al semejante, a la víctima inocente de la guerra, al ciudadano, al campesino, a la viuda, al huérfano, al extranjero; tener compasión del sufrimiento que acarrean por su misma condición y hacerse cargo de ellos. Como bien lo dice Reyes Mate, “si las víctimas están deshumanizadas, nosotros, espectadores lejanos, también. No hay más camino de humanización que hacernos cargo de la inhumanidad del otro” (Ibíd., 2008: 23).

Para Levi no puede haber perdón sin justicia, y, en esa misma medida, es precisa la “memoria de la injusticia como condición de la justicia” (Ibíd., 2008: 26). Para quien fue testigo de una de las épocas más aciagas de la humanidad, es un axioma que “si han cometido un crimen, entonces tienen que pagar, porque no existe justicia si no hay expiación” (Levi, 1998: 184).

Memoria formadora de ciudadanía

La memoria cumple una función formadora en los sujetos en tanto permite recordar el pasado para extraer de ella su porción de verdad y, aunque sea imposible comprender y acceder a toda la verdad, es necesario conocer, porque como dice Primo Levi, citado por Reyes Mate “lo sucedido puede volver a suceder; las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también” (Medina E., Reyes Mate y otros, 2008: 19).

A esta sentencia acude Levi en sus libros para dar a conocer la barbarie, para prevenirla en el futuro. Sus escritos contienen una pedagogía que va más allá de enunciar los hechos; en ellos se funden la víctima y el testigo para que brote el testimonio. En ellos también hay verdugos, de ahí que Reyes Mate, ante la tendencia en algunas comisiones de la verdad y la reconciliación de pasar la página, invocando que

Re-memorar es reflexionar acerca del acontecimiento, es el arte de contar ligado al de escuchar que para Levi suponía ir un poco más allá, a la escritura, donde el relato es la experiencia hecha palabra de un superviviente. Y es la tarea que emprende Primo Levi a su regreso de Auschwitz, escribir para recordar, para contar, para que no se olvide, ir a las escuelas tras la publicación de su libro a dar testimonio a las nuevas generaciones, formar ciudadanos sensibles al dolor de las víctimas, solidarios y compasivos con ellas.

Coda

De esta manera, tanto quien escucha como quien lee el relato pueden llegar a ser testigos de acontecimientos vividos por otros y formar una actitud reflexiva y crítica que los implique como ciudadanos: “El lector convertido en testigo, si quiere ser consecuente, tendrá que proclamar la vigencia de una injusticia pasada, proclamación que se substanciará en ese doble gesto de responsabilidad hacia el pasado y cambio de lógica en el presente” (Medina E., Reyes Mate y otros, 2008: 27).

Al recordar en estas páginas a Primo Levi, se re-memora su compromiso al salir del *Lager*, su entereza y tenacidad para contar lo vivido a lo largo de toda su vida, su escritura sin artilugios ni dramatismos para nombrar lo acontecido porque, como él mismo sostenía, el silencio es una traición a las víctimas. Al final, la memoria es un ejercicio que implica al testigo y su testimonio: “Mi modo personal de convivir con la memoria ha sido este: exorcizarla, si se quiere, escribiendo. En cuanto volví a casa, sentí una necesidad intensa de contar y

de escribir, que fue saludable porque me liberó de la pesadilla. Porque era una pesadilla”. (Levi, 1998: 206).

Nota

- * Lager: campo. Los campos de concentración se clasificaban en los de exterminio como Auschwitz, Chelmo, Sobibor, Treblinka y Majdanek y los de trabajos forzados como Mauthausen, Dachau, Buchenwald.

Bibliografía

- Agamben, G. (2005). *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pretextos.
- Levi, P. (1998). *Entrevistas y conversaciones*, Barcelona, Península.
- (2005). *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona, Océano.
- Medina, E., Reyes, M., Mayorga, J., Rubio, M., Zamora, J. (2008). *El perdón, virtud política. En torno a Primo Levi*, Barcelona, Anthropos.
- Muñoz Molina, A. (2006). “Primo Levi: el testigo sin descanso”, en: Levi, P. (2005). *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona, Océano.

Luz Marina Restrepo Uribe. Periodista y filósofa de la Universidad de Antioquia.

19

Sin mascar palabra. Por los caminos de Tulapas

Tulapas es una región geográfica que comprende 58 veredas de los municipios antioqueños de Turbo, Necoclí y San Pedro de Urabá. El poblamiento y la ocupación de este territorio por parte de familias colonas empezó en la década de 1950, cuando la violencia bipartidista y el latifundio ganadero cordobés expulsaron a la mayoría de la población campesina que habitaba la cuenca del río Sinú. Este destierro fue producto de un proceso violento que se venía consolidando desde la implantación de las haciendas ganaderas a finales del siglo XIX en el valle del río Sinú. En Tulapas, a muchas de

estas familias les adjudicaron las tierras que colonizaron, pero en la década de 1990 el proyecto militar y económico de la casa Castaño y de varios empresarios cordobeses les arrebató de nuevo sus tierras y sus proyectos comunitarios. Esta historia hace parte del caso Urabá de la exposición “Voces para transformar a Colombia”.

Realización: miembros de la comunidad de Isaías, CNMH y Cohete Cómics.

Dibujos: Camilo Vieco. Guion: Pablo Guerra, 2018